
NARRATIVA

MARIANO NAVA

Heráclito Puertero, Fidel y la Mona Lisa

*Como una y la misma cosa existe
lo vivo y lo muerto,
lo despierto y lo dormido,
lo joven y lo viejo,
pues esto, al cambiar, se vuelve aquello,
y aquello, de nuevo, se vuelve esto.*

Heráclito, fr. 41 (88).

Heráclito Puertero

1. A Noel Federico Olivero Olivares, mi bisabuelo, no le tembló ni una pestaña, dobló el telegrama y lo metió debajo del platico con arvejas que se estaba comiendo, y siguió almorzando muy tranquilo. Se rió para sus adentros -eso no me lo dijeron, pero yo lo sé- y pensó: "tampoco es posible meterse dos veces en el mismo lago".

- ¿Qué fue, Noel, qué Pasó?, le pregunto Mamita/

Pero él como si nada, porque además sabía como era Mamita, que se la vivía peleándolo y que si a vos lo que te gusta

es el trinke, Noël, a vos ya no te hace ni el polvito de hipecacuana, y un día te me voy a ir pa'l carajo con los muchachos (y lo hizo porque un día de San Antonio fue a dar al Consejo de Zurima desde Los Puertos, solita y a pie, como San Ignacio). Por eso es que Papá Noël no le quería decir nada, porque ella era muy afanosa y todo se había perdido: el fique para las cotizas, el queso y las hojas de bijao, y hasta dos macacos que le habían cazado en Encontrados para los muchachos. Pero Mamita se dejó de vainas y agarró el papel y lo leyó.

- ¿Y te vais a quedar tan tranquilo, Noël? ¡Cónchale, vos si que tenéis riñones! ¡La piragüita se nos hunde y vos tan tranquilo! ¿Y ahora qué vais a meter en la pulpería?

Y Papá Noël, que no por nada le decían en Los Puertos "El Filósofo", le dijo sin inmutarse:

- ¡Ajá, y qué queréis, Eleuteria! Yo no me voy a meter en el agua a buscar los corotos. Lo que se perdió se perdió...

2. A Papá Noël se le quemó una vez la pulpería y los vecinos fueron corriendo a echarle agua primero y a avisarle después. Allá por casa se llegaron algunos casi sin resuello: Noël, Noël, que se te quema el negocio, corré, mijito, corré. Entonces llegó también el Prefecto en "la rojita" (que era la única ambulancia a la vez que el único carro de Los Puertos) y comenzó a repartir planazos a los curiosos que no ayudaran a apagar el incendio. Papá Noël, que absorto miraba retozar las llamas sobre el bahareque, fue de los primeros en sentir el mamonazo en las costillas.

- No le pegue a ese hombre, señor. Mire que él es el dueño del negocio.

- Pero bueno, ¿usted es el dueño de la tienda y se queda así mirando tan tranquilo?

Y Papá Noel, que sabía muy bien que cuanto existe es fuego y que la verdadera naturaleza de las cosas es la que se esconde, le respondió encogiéndose los hombros, con sus ojitos azules rojitos por el humo y una sonrisa imposible de adivinar:

- Ajá, y qué voy a hacer. Y todo está quemado.

3. Papá Noel sabía también que el camino de bajada es el mismo que el de subida. Tenía un interesante silogismo. Decía: si las cosas tienen solución ¿para qué preocuparse?, y si las cosas no tienen solución, ¿para qué preocuparse? Por eso fue que se murió a los noventa y cinco años, y eso porque quiso, porque un día se acostó en la hamaca y dijo: *Bueno... ya yo no me paro más de aquí.*

Fidel y La Mona Lisa

Cuentan que cuando el Comandante fue al Louvre, una de las obras frente a las que más se detuvo fue el cuadro de La Gioconda. Se paró un rato frente a La Victoria de

Samotracia, admiró la Venus del Milo, se sobó la barba junto al Friso de las Panateneas, levantó las cejas y el dedo índice derecho delante de La Libertad guiando al Pueblo y se secó la frente -que ya le empezaba a sudar- ante la Coronación de Napoleón. Pero cuando más se demoró fue cuando llegó al cuadro de la Dama de la enigmática sonrisa y colocó sus grandes botas negras exactamente en el mismo lugar donde tantas veces habían puesto sus inocuos pies Carpentier, Severo Sarduy, Heredia, Fernández Retamar, Zamacois, Luz y Caballero, Mariano Brull y otro tantos ingenieros de almas como él. Entonces se abstrajo contemplando mientras el Director del Museo (convenientemente traducido) se explayaba en explicaciones acerca del paisaje difuminado, el uso de la luz, la técnica del retrato y otras sandeces pequeñoburguesas.

Cuentan también que cuando el Comandante por fin se marchó La Gioconda sonreía de una manera especial, e incluso, uno de los guardianes aseguró que la misma Mona Lisa le había confesado que nunca antes se había sentido tan comprendida.

Los cuentos aquí presentados forman parte de "Vidas, hechos y palabras de ilustres filósofos difuntos", recopilación de relatos que mereció recientemente el primer premio de la Bienal "Miguel Ramón Utrera" de la ciudad de Maracay.
